




MICHAEL PRESCOTT

**CAZADORA
DE SOMBRAS**

TRADUCCIÓN
DE DAVID LEÓN

amazon crossing 

CAZADORA DE SOMBRAS

MICHAEL PRESCOTT

TRADUCCIÓN
DE DAVID LEÓN

amazoncrossing 

Título original: *The Shadow Hunter*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2012

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Febrero, 2017

Copyright © Edición original 2000 por Douglas Borton

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por David León Gómez

Imagen de cubierta: © Mike Harrington © Dmitry Vereshchagin © GrabillCreative © Jason Cameron / Getty Images © errorfoto © Andrey_Kuzmin/Shutterstock

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781503943858

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Michael Prescott se graduó en estudios cinematográficos en la Universidad Wesleyana de Connecticut y trabajó como guionista en Los Ángeles. En 1986 publicó su primera novela, y desde entonces ha firmado seis de misterio con el nombre de Brian Harper y diez con el de Michael Prescott. Además de vender más de un millón de ejemplares, ha dado con un público nuevo y muy nutrido a través de la edición electrónica de sus obras. Su popular personaje Abby Sinclair, siempre al acecho de acosadores, apareció por primera vez en esta entrega y ha protagonizado otros tres volúmenes desde entonces.

A mi padre

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

Llevaba una pistola en el bolso y estaba decidida a llegar hasta el final.

–Odio a los hombres –dijo Sheila Rogers antes de vaciar de un trago su daiquiri–. No sé si me entiendes.

La mujer del cabello oscuro asintió con un gesto.

–Perfectamente.

–Son todos unos cerdos, lo mires por donde lo mires. Nos toman por objetos de usar y tirar.

–Tienes razón.

–Como ese del que te hablaba. Teníamos una relación muy especial y, de pronto, se fue todo a la mierda. Y ahora ni siquiera me dirige la palabra.

–No debe de ser fácil.

La mujer del pelo oscuro tenía nombre y, de hecho, se lo había dicho hacía bien poco, cuando se habían conocido en el Roxbury, un club de la Sunset Strip, pero lo había olvidado: no tenía muy buena memoria para esas cosas. Sea como fuere, se preguntó por qué seguía haciéndole compañía. Llevaban toda la noche de local en local: habían pasado del Rox al Viper Room, al Babylon y al Teaszer antes de acabar en el Lizard Maiden, en el extremo occidental de la avenida. Durante el recorrido, Sheila había estado pidiendo toda clase de copas, aunque mostraba una clara preferencia por los daiquiris. El alcohol le había enturbiado la razón y apenas notaba vagamente que estaba hablando demasiado. Todo apuntaba a que tenía dificultades para contener la lengua.

–Era un hombre maravilloso de verdad –aseveró con aire distraído, apoyada en la barra de caoba–. Cuando digo que es un cerdo, quiero decir que se portó como un cerdo, pero la verdad es que, cuando estábamos juntos, había magia. No sé si me entiendes: como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

–Sí.

–Como si lo hubiera mandado el mismísimo destino. Nada menos. O eso pensaba yo. –Sheila meneó la cabeza con gesto pausado–. Creo que todo esto ya te lo he dicho, ¿verdad? En el Viper Room o por ahí...

–No pasa nada; puedes repetirme todo lo que quieras. A veces consuela no dejarse nada dentro.

–¿Y tú quién eres? ¿La madre Teresa?

–Una amiga solamente.

–¡Vaya! Pues eso no me viene nada mal. Llevo un tiempo bien metida en la mierda.

–¿Por qué?

–Por él. Porque... No sé: no puedo quitármelo de la cabeza. Llevo así dos meses. Dirás que a estas alturas ya tendría que haber olvidado a ese hijo de perra. Dirás que...

–Tal vez no quieras olvidar.

–Claro que no. –Sheila se inclinó hacia el taburete que ocupaba a su lado la mujer del cabello oscuro–. ¿Te cuento un secreto?

–Dime.

Sheila pretendía hablar en voz baja, pero, por supuesto, allí era imposible: el Lizard Maiden, cuyos parroquianos llamaban, sin más, «el Liz», no era el sitio más indicado para andarse con susurros. Se trataba de uno de los locales más atrevidos de la Sunset Strip, un antro de luces en continuo parpadeo y música atronadora interpretada en directo cuya pista de baile era un hervidero incesante de cuerpos tambaleantes y espasmódicos y cuya clientela, para hacerse oír, debía inclinarse en la barra y en las mesas dispuestas a lo largo de la pared y gritar a voz en cuello a su interlocutor.

–El caso es que si llevo la noche de club en club es porque estoy convencida de que en uno u otro acabaré por topar con él.

–¿Suele venir aquí?

–A veces. Sobre todo si es viernes o sábado. –Era viernes–. En realidad, frecuenta todos los locales, conque nunca sé dónde puedo encontrármelo. Es todo un noctámbulo. De hecho, lo conocí en la Sunset Strip, en el House of Blues. –Al decir esto, soltó una carcajada melancólica.– Muy apropiado, ¿verdad?

–Y, aunque lo encontraras, ¿de qué te iba a servir?

Sheila apartó la mirada.

–Me va a servir y se acabó. –Tomó el bolso para posárselo en el regazo y sintió el peso de la pistola que llevaba dentro.

–A lo mejor te olvidas de él si conoces a otra persona. El mundo está lleno de hombres.

–Como él, no. Él no es un cualquiera: es famoso. Has tenido que oír hablar de él, porque lo conoce todo el mundo.

–¿Quién es?

Sheila vaciló, sin atreverse a revelar mucho más. Estudió a su acompañante: tenía pocos años más que ella, quizá veintisiete o veintiocho, y era de estatura media, esbelta y de carácter sereno. Su rostro, enmarcado por una cascada de cabello castaño oscuro cortado a lo paje, era pálido y anguloso y tenía los pómulos altos y acentuados. Los ojos, fríos y del color de la miel, no revelaban indicio alguno de enjuiciamiento ni de reproche.

–Devin Corbal –dijo al fin–. Nada menos.

–¿El actor?

–Ya te he dicho que es famoso. Ha actuado en seis películas, seis, y tiene solo veintitrés años...

–¿Y has estado saliendo con él?

–Dos semanas enteras. –Frunció el ceño–. Fue maravilloso. Devin y yo éramos... almas gemelas. O lo fuimos du-

rante dos semanas. –Apuró el daiquiri antes de repetir–: Dos semanas.

La mujer del cabello oscuro se bajó del taburete.

–Guárdame el sitio, ¿quieres? Tengo que ir al baño.

Sheila asintió con la cabeza, perdida en los recuerdos que compartía con Devin. Apenas reparó en la otra mientras se alejaba para internarse en el gentío impetuoso de la pista de baile.

–¿Te pongo otro?

Alzó la mirada y vio al empleado que atendía la barra, al que conocía de vista, por más que hubiese olvidado su nombre.

–Ya estás tardando.

Él le sirvió un daiquiri más.

–¿Quién es tu amiga?

–Nadie.

–No la había visto nunca por aquí.

–La acabo de conocer. Llevamos toda la noche de un lado para otro.

–Me acuerdo de cuando ibas de club en club con Dev.

–Le tendió la copa–. ¿Lo has superado ya?

–¿Y a ti qué te importa? –le espetó ella con aire destemplado.

–Nada, nada –respondió el otro–. Es que está aquí. Solo eso.

Ella levantó la mirada sin prisa.

–¿Que está aquí? ¿Devin?

Él se encogió de hombros.

–Creí que te interesaría saberlo.

El Lizard Maiden tenía un aseo mixto en un recoveco cercano a la entrada. La mujer del pelo oscuro pasó por delante de la puerta y junto a una fila de teléfonos públicos antes de detenerse frente a lo que bien podía ser un almacén. Tras asegurarse de que estaba sola, metió la mano en el bolso, sacó su teléfono y marcó el primer número que te-

nía en la memoria. La música resultaba allí un tanto menos ensordecedora y hasta le permitía hablar en un tono de voz casi normal.

–Paul, soy Abby –anunció cuando le respondieron.

–¿Sigues en el Babylon? –quiso saber Paul Travis.

–No, hemos cambiado de sitio. Llevamos toda la noche moviéndonos de un local a otro y, al final, está empezando a sincerarse.

–¿Está hablando del cliente?

–Sí, está furiosa y puede ser que se traiga algo entre manos. No deja de tocar el bolso de un modo que me hace sospechar que dentro lleva algo más que sombra de ojos.

–Entonces deberías andarte con cuidado.

Abby sonrió.

–Siempre lo hago. Escucha, tengo que volver con ella. Cuando tenga otra ocasión, te vuelvo a poner al corriente. Ahora mismo estamos en un lugar de la Sunset Strip que se llama Lizard Maiden.

–¿El Lizard Maiden?

–Sí. Lo llaman «el Liz». Está al lado del Bar One, al oeste...

–Sé cuál es. Allí es precisamente donde está él.

Abby necesitó un instante para asimilar la información de Travis.

–¿Qué?

–El cliente. ¡Está allí, en el Lizard Maiden! Se presentó hace media hora. ¡Está en el reservado, maldita sea!

–¿Lleva guardaespaldas?

–Dos.

–Llámalos y diles que estamos en alerta roja. Si hay algún modo de sacarlo del club sin que lo vea nadie, que no se lo piensen dos veces, pero no dejes que lo lleven a la sala principal, no vaya a verlo Sheila. ¿Lo has entendido?

–Sí.

–Yo voy a quedarme con ella para asegurarme de que no haga nada aunque vea al cliente.

–Que no actúe, Abby. ¡Por Dios, que no actúe!

Acabada la conversación, volvió a meter el teléfono en el bolso, al lado de la Smith & Wesson del treinta y ocho de cañón recortado que llevaba cuando estaba trabajando.

Corbal, por supuesto, estaba allí. No podía estar en otro club ni en otra parte de la ciudad.

–¡De todos los bares de todas las ciudades del mundo...! –murmuró, recordando a Bogart en *Casablanca*, mientras salía del recoveco en que había estado hablando.

Aun así, aquello tampoco era una catástrofe. Una complicación, sí, pero siempre que mantuviese a Sheila al alcance de la mano, no tenía por qué ocurrir nada. Sheila Rogers tenía veintidós años, la delgadez propia de una anoréxica y, además, estaba muy borracha: no era rival para Abby en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Si intentaba siquiera alcanzar la pistola que llevaba en el bolso, le bastaba con echarle mano al cuello para bloquearle el flujo sanguíneo de las carótidas y derribarla. Ya lo había hecho otras veces en circunstancias similares.

Sin embargo, tras bordear la pista de baile y acercarse al lugar en que había dejado a Sheila, empezó a tener motivos para preocuparse cuando vio que ya no estaba allí: su taburete estaba vacío, y eso sí que podía acabar en catástrofe. Llamó con un gesto al de la barra, que sonrió con dientes de depredador al verla.

–¡Hola, guapa!

Ella, haciendo caso omiso de su actitud, preguntó:

–¿Adónde ha ido la mujer que estaba sentada conmigo?

–¿Sheila? –Sonrió él con cierto aire de suficiencia–. Creo que a ver a un amigo.

Abby sintió que se le aceleraba el pulso.

–¿A qué amigo?

Él se inclinó para quedar más cerca de ella.

–Escucha, olvídala. De todos modos, es una fracasada. No tienes por qué aguantarla. De hecho, la he espantado

para que tú y yo podamos... conocernos mejor.

–O sea, que le has dicho que está aquí Devin Corbal.

–¿Y tú cómo s...?

–Es igual. ¿Dónde está el reservado?

–Lo siento, pero ahí no puedes entrar; es solo para famosos. ¿Sabes?, mi turno termina de aquí a un par de horas...

Abby tendió la mano para aferrarlo por la muñeca derecha y aplicar una presión dolorosa en el escafoides, por debajo del pulpejo de la mano.

–¿Dónde está? –insistió con voz semejante a un siseo.

El otro palideció.

–Tienes que dar la vuelta –contestó con los dientes apretados e, inclinando con violencia la cabeza hacia la izquierda, añadió–: Por ahí.

Ella le soltó la muñeca y lo dejó frotándosela entre gemidos ahogados.

–¡Por Dios bendito, mujer! ¿Qué mierda te pasa?

Abby apenas lo escuchó, porque ya había empezado a abrirse paso entre el gentío de la pista mientras rezaba por que no fuese demasiado tarde.

El pulso le bramaba en los oídos, sus ojos parecían haberse negado a pestañear nunca más y por la garganta le subía a rastras una náusea cálida.

Sheila sabía lo que tenía que hacer. Lo había ensayado y lo había imaginado bastantes veces, pero en ninguno de estos casos había estado temblando de miedo ni le había rugido de ese modo el estómago. La música tampoco había estado tan alta, ni la multitud había bailado tan cerca ni desprendido tanto calor.

Tenía el arma y estaba decidida a llegar hasta el final. Tenía que estarlo.

Él debía de estar en el reservado, el lugar adonde iba siempre que acudía a aquel local. Una noche la había llevado allí. Recordaba bien aquel cuartito situado en la parte

trasera del Liz y separado del resto por cortinas. Una sala sin ventanas. Una sala que no iba a ofrecerle ocasión alguna de huir ni de ocultarse.

Cuando dejó atrás la pista, metió la mano en el bolso y sacó una Llama del cuarenta y cinco, cargada y sin seguro. Tenía el reservado delante de ella, sin letrero identificativo alguno y aislado del resto por una simple cortina en el umbral. Iba a entrar y disparar a Devin Corbal en ese corazón embustero suyo, darle una lección por haberla tratado como a una puta cualquiera, demostrarle que hablaba muy en serio cuando le decía que lo iba a lamentar.

Cruzó su mente el fugaz deseo de tener tiempo para meterse un poco de coca. Llevaba un administrador de insulina y una bolsita de polvo blanco. Le bastaría con desaparecer un instante en los aseos, mezclar la droga con agua, introducirla en la jeringuilla e inyectársela en el brazo, pero sabía que, si se entretenía en hacer todo eso, perdería toda su resolución: tenía que matar a Devin enseguida, antes de poder pensarlo mucho. Si no lo hacía entonces, no lo haría jamás.

–Ahora o nunca –musitó entre dientes para infundirse más valor.

Adelante. Sheila respiró hondo antes de entrar en el reservado dejándose guiar por la pistola y sin apartar siquiera las cortinas.

La sala estaba vacía. En las distintas mesas descansaban bebidas sin acabar y, en los platos, aperitivos aún calientes. Dos de las sillas estaban volcadas y dispuestas en ángulos extraños, como si los presentes hubieran abandonado el lugar a la carrera.

–Lo han sacado de aquí –susurró mientras ataba cabos–. Estaba aquí... y lo han sacado.

Aun así, no había salido por la entrada principal ni había atravesado la pista de baile, pues, en tal caso, ella lo habría visto. Había tenido que ser, pues, por la puerta trasera. Salió del reservado y miró por el pasillo para distinguir